

JUAN LISCANO

LA POESIA HISPANOAMERICANA
EN LOS ULTIMOS 15 AÑOS



12

Caracas,
Junio, 1959

Colección "Letras Venezolanas"

JUAN LISCANO

**LA POESIA HISPANOAMERICANA
EN LOS ULTIMOS 15 AÑOS**

12

Caracas, junio, 1959

Introducción:

La Poesía americana en lengua española, a pesar de las epopeyas y de los himnos patrióticos que tuvieron notable representante en el ecuatoriano José Joaquín Olmedo (1780-1847); del virgilianismo que encontró un cultivador conspicuo en el venezolano Andrés Bello (1781-1865), y del variadísimo registro de la lírica personal, casi siempre de inspiración romántica, que produjo los más diversos poetas, desde el cubano José María de Heredia (1803-1839), —pariente lejano del autor de "Los Trofeos"—, hasta el uruguayo épico Zorrilla de San Martín (1859-1931), resuelve su complejo de colonialismo intelectual, de dependencia y sumisión a los modelos clásicos o románticos, con el "modernismo" que consagra al nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) y es, al mismo tiempo, consagrado por él.

El "modernismo" fundió en un mismo molde, no siempre con calidad e inspiración iguales, todas las tendencias que hasta entonces influían en la poesía hispanoamericana: clasicismo vetusto, tradicionalismo hispanizante,

romanticismo de procedencia francesa o española, folklorismo, orientalismo, satinismo baudeleriano, musicalidad verleniana, estatuaria parnasiana, virgilianismo atardado, trompetería épica. De esa fragua salió renovada y vitalizada la poesía de habla castellana, tanto en España, donde estaba agonizante, como en América-Hispana, donde se encontraba en servidumbre.

Frutos del "modernismo" fueron el renacimiento de la poesía española con Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado (aunque ese renacimiento implicara una reacción contra aquella escuela) y la expansión de la poesía hispanoamericana con el "creacionismo" del chileno Vicente Huidobro, proclamado por él y por sus amigos, desde 1912.

El "modernismo" le dio su independencia a la poesía hispanoamericana. Huidobro, sus contemporáneos más connotados y los poetas que nacieron en la primera década del Siglo XX, —César Vallejo, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Jorge Carrera Andrade, Nicolás Guillén, Juana de Ibarbourou, Francisco Luis Bernárdez, Alfonsina Storni, entre algunos otros— la elevaron a una categoría universal, y con sus obras de inspiración e intenciones diversas, afirmaron su existencia propia, libre e intranferible.

Los últimos 15 años es la época en que, de manera general, se afirman los poetas nacidos durante la Primera Guerra Mundial. Se

trata pues de una generación crecida y formada entre dos conflictos mundiales, los cuales a pesar de que no afectaron directamente las naciones hispanoamericanas, dejaron sobre sus élites pensantes y sobre las sensibilidades individuales despiertas, por reflejo del pensamiento europeo o por simple sentimiento de solidaridad humana, un saldo de escepticismo, desencanto, angustia, afán de fuga, rebeldía o nihilismo imprecativo.

Tarea harto arriesgada sería la de pretender clasificar las variadísimas tendencias que componen y enriquecen la lírica hispanoamericana de nuestros días. Lo más que se puede señalar es que los poetas que andan en la actualidad por la cuarentena, afirmaron y conformaron su obra en el curso de estos años de post guerra, y que sobre su inspiración, de alguna manera, influyeron los acontecimientos históricos que conmovieron al mundo: expansión del fascismo y del nazismo, Guerra Civil de España, Segunda Guerra Mundial. Esa influencia obró de diferentes maneras, para el bien o para el mal, y dio lugar a reacciones diversas las cuales, en el plano puramente poético, pueden ser resumidas en las siguientes tendencias; la de comprometer la obra poética con alguna ideología político-social o con alguna doctrina de las que están en pugna; la de recatarse o refugiarse en un purismo riguroso puesto todo al servicio exclusivo de la propia poesía; la de entregarse a un eclecticismo estoico; la de naufragar en la negación exasperada, en la blasfemia imprecatoria y en la angustia

sin salida. Cualesquieras de esas tendencias, está de más decirlo, pueden derivar en un momento dado hacia las más contradictorias posiciones.

He de advertir que las clasificaciones propuestas así como la tentativa de ubicar poetas en razón de su edad o de la fecha de aparición de sus libros, tienen un valor virtual y no deben ser aplicadas con criterio sistemático. Semejantes referencias pecan por simplistas e imprecisas. En algunos casos, por ejemplo, pueden coincidir en una misma promoción, poetas de edades muy distintas o bien, en el curso de una década, ofrecer algún poeta sus primicias literarias y otro, que le lleva cuatro lustros, publicar su obra maestra. No es posible estudiar un movimiento literario en función de un período de tiempo arbitrariamente fijado. De allí que en algunos casos me refiera a individualidades o a libros publicados, y no a tendencias clasificadoras o a cronologías inoperantes.

En preciso indicar que en el lapso que comprende la post guerra no se ha producido, en América-Hispana, un movimiento poético coherente, doctrinario y uniforme, tal como sucedió después de la Primera Guerra Mundial con las escuelas de vanguardia y con el surrealismo. Lo que estaba en marcha, siguió desarrollándose en una dirección más o menos semejante, y los jóvenes que cuentan hoy 20 ó 25 años no han creado doctrina estética alguna. El signo de esta post guerra parece ser la mayor libertad individual, la anarquía en más de un caso, y también la

confusión de las lenguas, en el peor de ellos. Einstein, con penetrante inteligencia, declaró alguna vez, que nuestra época era la de la perfección de los medios y la de la confusión de los fines. ¡Cuán acertado estuvo! En poesía podríamos clasificar a los poetas de estos últimos años, en dos grandes grupos: los que se preocupan por perfeccionar tan sólo los medios, y los que se empeñan en vencer la confusión de los fines. Los primeros hablan, sienten y piensan en función de elaboración literaria y estética. No miran el paisaje que está detrás de los vidrios. Miran tan sólo el vidrio. Los otros, ignoran a veces la existencia del cristal y al querer asomarse a la ventana, se dan un golpe que los ciega. También hay poetas que pretenden, con mayor o menor suerte, discutir sobre los fines, aceptando los medios más apropiados para ese propósito.

Otro de los temas polémicos es el de la realidad. Esta querrela está mal planteada desde su principio porque algunos quieren limitar el campo de la realidad a los hechos sociales, políticos e históricos y exigen un arte realista que resulta arte limitado a la contemplación de una parte tan sólo de la realidad, y los otros, por reacción, naufragan en meandros y nebulosas de un subjetivismo casi enfermizo, siempre egolátrico, a-histórico, que produce monstruosas excrecencias narcisistas.

En nuestra América-Hispana la polémica se complica porque hay poetas hispanizantes y otros en oposición violenta contra esa tenden-

cia. Los primeros cultivan con exceso las formas tradicionales y usan un idioma alado, pulcro, bien vestido, y los otros, se expanden en tumultuosas composiciones que se desbordan muchas veces y cometen, de manera deliberada, toda clase de barbarismos y neologismos así como juegan con la sintaxis y con la prosodia. En el primero de los casos se cae, con facilidad, en una poesía que parece haber sido escrita por Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, García Lorca o Salinas, y en el otro, se tiene la sensación de estar leyendo poemas de alemanes, franceses o ingleses traducidos literalmente al español. Proliferan los estilos inspirados en Rilke, Eliot, Saint John Perse, Pound.

En razón de los escollos señalados y de las polémicas en curso, he de limitar este trabajo a citar algunos poetas, hombres o mujeres, que dentro de cualesquieras de las tendencias apuntadas en párrafos anteriores, afirman una individualidad creadora, un temperamento en pleno florecimiento, una expresión que busca su autonomía. Será preciso pedir disculpa, desde un principio, por las deficiencias o las omisiones involuntarias, fruto de la falta de referencias y de fuentes bibliográficas.

El mexicano Octavio Paz es, acaso, la figura más destacada entre los poetas que pisaron ya los cuarenta años. Sus libros más importantes son "Libertad Bajo Palabra" (Tezontle, México, 1949), "El Arco y la Lira"

(Fondo de Cultura, 1957) y la colección de poemas en prosa "Aguila o Sol" (1951). Paz empieza a publicar libros desde 1931, aproximadamente. Ora profunda, toda resonancias interiores; ora alada, canción luminosa y virtud musical; ora imprecatoria golpeando aceros y metales; ora rebozante de efusión lírica, ora enamorada, cruzada de relámpagos de sensualidad; siempre lúcida, ceñida a una rigurosa pureza de idioma, el ritmo y el verso, libres o clásicos, puestos al servicio del poema tomado como entidad suficiente, su inspiración bebe en fuentes de universalidad, en corrientes estéticas sin delimitación fronteriza, en experiencias del hombre como habitante del planeta y no de un país determinado. Se le ha querido ubicar dentro del campo del surrealismo, pero su obra no responde a los propósitos de esa escuela ni su idioma, de excepcional corrección y elegancia, se parece en nada a la escritura automática o al lenguaje desgredado de quienes escriben con miras documentales. Por el contrario, Paz es todo estilo, en el mejor sentido de este término.

Ninguna convicción doctrinaria, política o religiosa, ningún compromiso intelectual, parecen inspirar u orientar su pensamiento poético. No pretende ofrecer, otra imagen, en sus versos, que la de la propia existencia personal, individual, ondeante, intransferible. Se encuentra y se pierde a sí mismo, en cada experiencia que constituye el poema. Vive en y para la poesía. Y ésta, lírica o imprecatoria, escéptica o conmovida, enamorada o rebelde,

está hecha de palabras y no de ideas, de inmanencia y no de imposiciones mentales, como él mismo lo expresa en un poema titulado "Destino del Poeta":

¿Palabras? Sí, de aire,
y en el aire perdidas.
Déjame que me pierda entre palabras,
déjame ser el aire en unos labios,
un soplo vagabundo sin contornos,
breve aroma que el aire desvanece.
También la luz en sí misma se pierde.

En otro poema, preguntará como desdoblado:

Cuando sobre el papel la pluma escribe;
a cualquier hora solitaria
¿quién la guía?
¿A quién escribe el que escribe por mí...?
.....
no escribe a nadie, a nadie llama,
a sí mismo se escribe, en sí se olvida,
y se rescata, y vuelve a ser yo mismo.
(Envío)

La poesía mexicana más representativa tiende siempre a ese monólogo, a esa búsqueda del ser esencial o existencial, abstraído del medio exterior, a esa lucidez, a esa vigilia interior. Los poetas de emoción social y política no alcanzan, en relación con sus intenciones y medios expresivos, la altura de quienes, como Octavio Paz, cultivan la introspección o bien, si se salen de ella y miran la realidad de la patria y del paisaje, como en

"Aguila o Sol?", quedan siempre ateniados al hecho fundamental del arte y de la poesía.

Otro ejemplo de esa subjetividad rigurosa con efusión, sin embargo, universal y humanísima, es la poesía de Jaime Torres Bodet, quien pertenece a una generación anterior a la de Paz. Sus dos últimos libros, "Fronte-ras" (Tezontle, 1954) y "Sin Tregua", (Tezontle, 1957), constituyen una culminación en su ejercicio creador. Las citadas obras conjugan la madurez del hombre con la madurez del artista. Es la suya poesía de dimensión psíquica, de lucidez diamantina y efusión retenida que en su aspiración a la pureza y a la perennidad, alcanza a transformarse en obra incorruptible de la inteligencia. A ella afluyen las experiencias del hombre, sus confidencias necesarias, las melancolías y las exaltaciones intransferibles, el peso de los días cumplidos, las grandes revelaciones nacidas del sentimiento de solidaridad humana. Suma y multiplicación de la vida son estos libros tan equilibrados en su forma como en su emoción, la cual no destruyen las obras voraces del tiempo, como esa vida que describe uno de los poemas de "Sin Tregua":

Un año más acaba de arrasarlo.
Y, sin embargo, mira: ¡cómo vibra,
al calor de las manos impacientes
su eternidad recóndita y sin prisa!

El estilizado, sutil, casi imperceptible simbolismo de la poesía de Torres Bodet no persigue algún ritualismo hermético y metafísico,

sino brota de su condición de hombre cotidiano.

Nunca me cansará mi oficio de hombre.
Hombre he sido y seré mientras exista.
Hombre no más: proyecto entre proyectos,
boca sedienta al cántaro adherida,
pies inseguros sobre el polvo ardiente,
espíritu y materia vulnerables
a todos los oprobios y las dichas...

(Nunca-Sin Tregua)

Con extraordinaria sobriedad idiomática, con un estilo despojado de adjetivaciones proliferantes y efectismos literarios, con una escritura sustantiva, medular, nos deja su testimonio existencial y poético, sus transparentes alegorías dibujadas de un trazo. Torres Bodet acepta plenamente su condición mortal, su contradicción humana:

¡el combate del hombre con el ángel
sobre la cima oscura del deseo!

y comprende "que el premio mayor de la existencia no es el alba", "sino el ansia del alba, el largo esfuerzo...", "La noche ardiente y casta"... Su indagación termina en las fronteras de la muerte. Acepta la ilusión que pudo haber sido la vida —"Vivimos sólo de creer que fuimos". —"Seremos siempre póstumos"—. Pero en el ardimiento mismo de la existencia y en su cumplimiento de llama, sin fatalismos ni resignaciones, encuentra el aleccionamiento final.

Guadalupe Amor, compatriota de los poetas nombrados, cuya personalidad y cuya obra

se revelan repentinamente en 1946 (1), se presenta como el más acabado "caso" de narcisismo intelectual. De propio ahogo se sublima y se arroja hacia la mística. Es cierto, hacia una mística hartamente intervenida por el erotismo, lo cual resulta, hasta cierto punto, natural, pero en el caso de los clásicos, se trataba de un erotismo retenido, domado por la ascética, en tanto que aquí, de un exceso que termina en inspiración religiosa. En sus mejores acentos, la poesía de Guadalupe Amor responde, desde lejos, a Santa Teresa de Jesús buscando a Dios entre sus pucheros y desazones, y en lo formal, a la genial mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz.

Inquietante mujer esta Guadalupe Amor de vertiginosos contrastes. Por la forma y por el verso, su poesía se relaciona con el clasicismo más riguroso: décimas, sonetos, liras, romancillos, cuartetas, todos los cuales rimados con el más severo respeto de la Preceptiva. Estamos ante un lenguaje que no se permite escauceos barrocos. Parece un idioma anacrónico, anterior al de don Luis de Góngora. Empero, por la inspiración, Guadalupe Amor, resulta existencialista. Pasa por todos los desórdenes, por todas las exaltaciones y las dudas, nutridas siempre por el más desmedido amor a sí mismo. Termina o acaba buscando a Dios. Destruída y recreada sin cesar por el

1.—Obras de Guadalupe Amor: "Yo Soy mi Casa" (1946), "Puerta Obstinate" (1947), "Círculo de Angustia" (1948), "Polvo" (1949), "Más Allá de lo Oscuro" (1951), Poesías Completas, (1951), Aguilar, Madrid.

mito de sí misma, cultivado con delectación morbosa —siempre he sostenido que Narciso hubiera podido y hubiera debido ser mujer—, Guadalupe Amor convierte sus antagonismos, su egolatría enfermiza, su vanidad, su temor a la muerte, su angustia ante la nada presentida, su rebeldía, sus experiencias y sus preguntas, en ardorosa verdad existencial traducida a poesía de raigambre intemporal, clásica, diría casi arcaica y acabada en su perfección idiomática, asombrosamente simple:

No tengo nada de tí,
ní tu sombra ni tu eco;
sólo un invisible hueco
de angustia dentro de mí.
A veces siento que allí
es donde está tu presencia,
porque la extraña insistencia
de no quererte mostrar,
es lo que me hace pensar
que sólo existe tu ausencia.

(Más Allá de lo Oscuro, LXLV)

No, no es después de la muerte,
cuando eres, Dios necesario;
es él el infierno diario
cuando es milagro tenerte...

(Idem LXXXVIII)

América Hispana ha sido una tierra pródiga en grandes voces de poetas mujeres. Acaso ninguna otra literatura puede comparársele en ese campo. Sor Juana Inés de la Cruz anunció la magnífica raza. Pero se trataba de un brote prematuro, fruto del barroco y del misticismo hispánicos. Será preciso que concluyan las guerras de Independencia y que

las recién nacidas sociedades empiecen su agitada existencia republicana, para que se expanda, en toda su riqueza, la poesía escrita por mujeres. La criolla, ese raro producto humano y social, —“señoritas” o “señoras”—, heredera de toda una tradición feudal que concedía a la mujer puesto preponderante en el hogar, pero no fuera de él, resultó una rebelde. Esa rebelión de las “criollas” comenzó con el siglo XX. Acaso por fastidio o quizás por ardimiento solitario, por “erupción” de sentimientos retenidos atávicamente, se pusieron a escribir nuestras mujeres. Fueron las uruguayas María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924) que bebió en Heine una melancolía cósmica y miró siempre hacia un “más allá” misterioso y Delmira Agustini, cuyo trágico fin remató una vida de gran enamorada. Fueron la profunda y desencantada argentina Alfonsina Storni que puso fin a sus días arrojándose al mar como Safo, tras despedirse en uno de los más hermosos y sobrios poemas de nuestra lengua, y las chilenas Gabriela Mistral, toda desolación y ascética, y Winnet de Roka. Es Juana de Ibarbourou a quien llamaron Juana de América, por su canto tumultuoso, sensual, pánico. Y es Sara de Ibáñez, descubierta por Pablo Neruda, en buena hora, y cuya poesía de impecable belleza neo-clásica sigue demostrando que el Uruguay es tierra de poetas mujeres, y sus compatriotas Sarah Bollo, Clara Silva, Dora Isella Russel, Concepción Silva Belinzón. Son las argentinas María Teresa Walsh, extraña presencia de adolescente que maduró

con vertiginosa premura desde su primer libro (Otoño Imperdonable) publicado hace dos lustros, y Leda Valladares y Olga Orozco. Colombia tiene a Meira Delmar y a Maruja Vieira. Cuba, a Dulce María Loynaz y a Fina García Marruz. México, además de Guadalupe Amor, a Margarita Paz Paredes, a Rosario Castellanos, a Margarita Michelena. Costa Rica, a Eunice Odio. Venezuela, a Enriqueta Arvelo Larriva, a Pálmenes Yarza, a Ida Gramcko, a Ana Enriqueta Terán, a Luz Machado de Arnao, a Jean Aristeguieta.

Enriqueta Arvelo Larriva publicó su primer libro en 1939. Recogía lo mejor de su producción escrita desde 1930. Su poesía despojada y lúcida, impregnada de un hondo sentimiento de soledad acorde con el paisaje llanero de su infancia, nos entrega sus confidencias altivas y serenas. Luz Machado de Arnao —su primer libro es de 1941— alcanza su plenitud con "La Espiga Amarga" (1950) y el "Canto al Orinoco", publicado recientemente (2). Pródiga y tumultuosa como los grandes ríos y las selvas de su provincia nativa, es la poesía de Luz Machado. Prepara en la actualidad un libro que significará, en su trayectoria, el encuentro con lo íntimo y confidencial despojado. Jean Aristeguieta e Ida Gramcko irrumpieron juntas en 1942, como niñas prodigios de la literatura. Han seguido caminos distintos. Ida ha desembocado en el Teatro. Ambas se caracterizan

2.—Traducido al francés: "Chant a L'Orenoque", traduction de Bernard Sese, Les Cahiers Latins dirigés par Claude Couffon.

por un singular fervor literario y poético. Han escrito abundantemente. Son jóvenes monstruos literarios, alimentados y destruidos por su escritura. Ida Gramcko tiene un extraordinario poder de creación literaria. Picón Salas señala con acierto que "se trata de una poesía de tan alta coherencia lírica, tan cerrada y abastecida en su unidad temática, que no se alcanza a definir espigando versos sueltos o rompiendo en ese ritmo unitario, como de grande e indivisible recitativo, que tienen sus poemas". En efecto, éstos se presentan como "tiradas", como compactos cuerpos de recitativos líricos. La abundancia, la virtud de versificación, la facilidad de rima, la extensión del desarrollo sostenido, hacen pensar en una suerte de avidez expresiva, de incontenible poder de "habla". Un cuadro, un guijarro, un cuento infantil, un perfume, ponen en movimiento el prodigioso mecanismo poético de Ida Gramcko quien, de inmediato, devora esa realidad, la sepulta en su inmenso discurso, la transforma, deforma, rehace y destruye finalmente, de manera irremediable. Es una poesía de vuelo mental, de dimensión abstracta, con poca sombra, con mucha resonancia, ora romántica, ora clásica, ora filosófica, poco sensual y poco confidencial, casi nunca rendida, vuelta en todo momento sobre sí misma, como espiral de caracol. En verdad la poesía de Ida Gramcko no se vierte ni se abre. Por el contrario se hincha, se llena de sí misma y alcanza una suerte de profundidad por distensión y desarrollo "cerrado".

Hay un verso de ella que la define:

Esto fuí: una pupila
húmeda, abierta y ávida.

Pero, además, en obras como "La Vara Mágica," "hay un constante hallazgo de la belleza y de la ternura. No se puede pasar fácilmente sobre la obra considerable de Ida Gramcko, una de las revelaciones fundamentales de los últimos años de vida literaria venezolana (3).

"Instancias" (1947. Caracas) es un momento culminante en la obra de Pálmenes Yarza, personalidad singular de mujer americana que conjuga lo confidencial con lo abstracto, lo telúrico con lo celeste, lo varonil con lo femenino. Su lenguaje un tanto duro, lleno de aristas y de crestas, con palabras desusadas y giros que golpean, expresa su hirviente mundo interior, su ansiedad, su apasionamiento huracanado. Gilberto Antolínez ha intentado apresar su presencia humana y el impulso de su obra diciendo: "En el fondo de su ser surge el anhelo gótico de la ascensión, el ansia de lo cerúleo, la evasión de lo telúrico. . . Tras poetisas *reptan*. Pálmenes se va más allá de este mundo, hacia los espacios puros. . . La Mujer-Turbión se enfrenta a la Mujer-Palmera: el sentido giratorio, ferino, muscular, de la vida original zoológica, frente a este otro sentido vegetal, surgen-

3.—Algunos poemas de Ida Gramcko han sido traducidos al francés por Robert Ganzó, para la colección que este dirigía "Appels Poétiques". La última obra de Ida Gramcko se titula "Poemas" y ha sido publicada en México, Edit. Atlante, 1952.

te, vertical, de raigón secular y erguido caule."

Ella dirá de sí misma:

Sobre un desmayo de alhelies
rocío al sol pudiera ser;
pero soy densa roca inútil
toda de gárgolas con sed.

o bien:

Quiero ser fronda ausente, revelarme en perfume;
flecha de un arco tenso, disparar: Ser la nube.

Ana Enriqueta Terán es la gracia. Su poesía se brinda en liras, sonetos y tercetos de impecable factura. Neo-clásica como Sara de Ibáñez que la puede haber influído, amante del orden poético y de la pasión retenida, enamorada de sí mismas, sensual y serena al mismo tiempo, la cruzan luces mediterráneas y vuelos de aves clásicas. Su poesía trasciende un sentimiento de soledad enamorada, de armoniosa melancolía. Entre 1946 y 1949 publica lo fundamental de su obra: "Al Norte de la Sangre", "Presencia Terrena" y "Verdor Secreto". En ningún momento su poesía se desordena ni se desborda. Si Pálmenes Yarza expresa profundas contradicciones psíquicas, antinomias que la desgarran y por lo tanto resulta esencialmente telúrica y americana; si Ida Gramcko, acaso por su ascendencia nórdica, parece romántica, excesiva, nebulosa, inclinada al monólogo hamletiano, a las fantasmagorías, a la meditación ascética frente a una calavera; si Jean Aristeguieta se desborda en efusiones líricas y amorosas expresadas en variaciones sucesivas; si Luz Ma-

Manantiales de esfuerzo, lentos rebaños de
[silencio,
os amo porque sois la verdad.
Una hoja he cortado en el jardín del pueblo.
Cuando voy a sus reinos la mañana me envuelve
y con toda alegría canto sus glorias, lloro sus
[lutos,
grabo mis condiciones en su luz.

Menos líricos y dueños de su idioma, el paraguayo Elvio Romero y el guatemalteco Raúl Leiva, entre otros, comprometen generosamente su poesía con una causa social y política. En la misma dirección escriben el venezolano Carlos Augusto León, cuyo libro más hermoso sigue siendo "Los Pasos Vivientes" publicado en 1940, el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum cuyo poema extenso y ambicioso, construido con indudable vigor y emoción, "Los Cuadernos de la Tierra", expresan su fe militante, el argentino Carlos Castro Saavedra, los peruanos Manuel Escorza y Gustavo Valcárcel.

Se sitúan en un extremo opuesto, los poetas chilenos del grupo Mandrágora entre quienes se destaca Gonzalo Rojas (su libro principal es "La Miseria del Hombre", 1947); los poetas cubanos que gravitan en torno a las revistas "Orígenes" y "Ciclón" fundadas y dirigidas por José Rodríguez Feo, entre quienes sobresalen, con madurez culta, Cintio Vitier; con verdor prometedor, Eliseo Diego; los colombianos que reaccionaron contra el grupo "Piedra y Cielo" que imperó sobre la lírica de ese país en la década comprendida entre 1935 y 1945, y entre quienes se debe nombrar a Jorge Gaitán Durán, a Fernando

Charry Lara y a Andrés Holguín (5). En el Perú, después de Xavier Abril, se afirman Martín Adán cuya obra "Travesía Extramuros" (1949) constituye una reacción contra las formas neo-clásicas hispanizantes, Jorge Eduardo Eielson cuya obra principal es "Reinos" (1945), Juan Ríos definitivamente inclinado hacia el teatro y Manuel Scorza, nacido en 1928, exilado en México de 1948 a 1956, y quien bajo el impacto de la miseria, de una profunda y exasperada rebelión existencial, de una alucinada desesperación combatiente, escribió un libro singular: "Las Imprecaciones" en el que su pasión peruana llega a la blasfemia y a la maldición.

Hemos de advertir a nuestros lectores que la manera demasiado esquemática con la que hemos tratado el párrafo anterior nos avergüenza, pues dentro de esa tendencia, aunque opuesta a todo compromiso político, se cuentan poetas llenos de sentir humano, de emoción de nuestro tiempo, de sensibilidad social, de ambición noble y generosa. No se trata de poetas evadidos, de pálidos narcisos que cultivan en los laboratorios la flor venenosa de su soledad y de su orgullo. Por el contrario, poetas como el chileno Gonzalo Rojas y el colombiano Jorge Gaitán Durán, se encaran con la "presencia del hombre" (título, por lo demás, del libro más importante de este último, publicado hacia 1945) sobre la tierra, y con un lenguaje a veces directo, imprec-

5.—Andrés Holguín es el autor de una importante antología de Poesía Francesa, Ediciones Guadarrama, Madrid, 702 páginas.

torio o bien simbólico e iluminado, inquieten por su destino, su problema, su esencia y existencia, su posibilidad metafísica.

Hay, finalmente, los poetas eclécticos, situados entre la aceptación de la realidad social, exterior, objetiva, y las preguntas y descubrimientos inquietantes del "ego" exigente. Un caso singular es el del chileno Nicanor Parra, cuyo escepticismo sin amargura, se disfraza de un humorismo realista, cruzado de relámpagos de lirismo. La obra más importante de este poeta en pleno ascenso es "Poemas y Antipoemas" (1954). Su idioma es directo, sin recargo literario y el clima de su poesía, en ciertos momentos, evoca el de Neruda de "Residencia en la Tierra". El poeta anda un poco sonambúlico, como en estado de duermevela, se golpea con la realidad como un ciego que tropezara con los objetos y los muebles, despierta, y sonriendo, con un dejo de burla que no acaba ni empieza nunca, vuelve a entrar en su suave delirio:

En la noche despierto de pronto poseído de
[malignos espíritus
Oigo pasos, carreras hacia la puerta,
Juramentos, recriminaciones,
Gentes que arrastran cadenas y que cambian de
[lugar los muebles de la habitación
Monstruos que se abrazan y respiran junto a mí,
Despreciables seres dotados de blandos estómagos.
Bañado en sudor espeso permanezco un instante
[sobrecogido y absorto
Sentado en la cama, con la vista fija en el espejo
[de venenosos rayos,
En espera de algo decisivo,

todos, venidos del ayer infinito.
o congregados del presente
(que marcha hacia el pasado
como un agua sin término
(que corre pendiente abajo

La misma tentativa conciliatoria se encuentra en la obra de los venezolanos Otto D'Sola, de ancho aliento, y Vicente Gerbasi, autor de uno de los más importantes poemas de los últimos años, "Mi Padre el Inmigrante" (1945) (6). Se trata de un poema extenso dividido en varios cantos, en el que el tema de la tierra, de la toma de conciencia por el inmigrante de una naturaleza virgen y cruel, de un medio exuberante y devorador, superando el simple realismo descriptivo, incorpora, con emoción de nuestro tiempo y en un lenguaje de sentido universal, la visión de una Venezuela hechizante y de sus hombres a la experiencia psíquica del Padre emigrado con quien se identifica el poeta.

Tú venías de una colina de la Biblia,
desde las ovejas, desde las vendimias,
padre mío, padre del trigo, padre de la pobreza
Y de mi poesía.

.....
¿Qué fuego de tiniebla, qué círculo de trueno,
cayó sobre tu frente cuando viste esta tierra?
.....

6.—Robert Ganzo ha traducido y publicado fragmentos de "Mi Padre el Inmigrante" en su colección "Appels Poétiques". Seghers, en su colección "Autour du Monde" (Nº 28) ha publicado una selección de poemas de Gerbasi, traducidos al francés por Claude Couffon, sin duda alguna uno de los más calificados traductores al francés de la poesía en lengua española.

Y hablaste, circundado por venados atónitos;
"¡Ampárame, oh tierra maravillosa!
Yo me estaré contigo adorando tus peñas
que en la penumbra tienen rostros de nuevos
[dioses.

Yo vengo de los puertos, de las casas oscuras,
donde el viento de enero destruye niños pobres,
donde el pan ha dejado de ser para los hombres.
Yo vengo de la guerra, del llanto y de la cruz.
¡Ampárame, oh tierra maravillosa!"

Desde 1945, la poesía venezolana se ha enriquecido con el aporte de nuevos nombres y la gestión de diversos grupos literarios, entre los cuales deben ser nombrados "Contrapunto", "Cantaclaro" y, últimamente, "Sardio".

"Contrapunto" fue más que todo un grupo de prosistas. Sin embargo, dentro de su órbita empezaron a brillar los nombres de José Ramón Medina y de Juan Manuel González. Ambos han merecido distinciones y premios. González se caracteriza por la exaltación lírica y el juego imaginífico. En Medina, al lado de un lirismo depurado, predomina una búsqueda de lo humano profundo, de la condición existencial y de las interrogantes del hombre frente a su destino y su más allá. "Contrapunto" publicó varios números de una interesante revista que murió de inanición. La revista "Cruz del Sur" revela a Juan Salazar Meneses, caso singular de poeta librado por entero al instinto y a la intuición. Otros nombres a añadir a los de estos poetas son los de Rafael Pineda, Pedro Lhaya, Lucila Velázquez, Francisco Salazar Martínez. El primero de ellos quiere usar la poesía como

una crónica histórico-cultural a veces inspirada en la más pura tradición popular ("Poemas para Recordar a Venezuela") que ponen de manifiesto su inquietud y su capacidad de inventiva.

La caída del régimen constitucional, en 1948, coincidió con la aparición de un grupo de poetas jóvenes agrupados bajo el nombre de "Cantaclaro". La única entrega de su revista fue recogida por la policía de la dictadura en que, de inmediato, encalló nuestro país. Los integrantes de "Cantaclaro" pasaron a la acción política. La lucha clandestina, la resistencia, las cárceles, el exilio, las torturas, disolvieron el grupo. Jamás volvieron sus componentes a encontrar el clima de vigor creativo con que irrumpieron hacia 1944. Los poetas principales de este grupo fueron: Rafael José Muñoz, Miguel García Mackle y Jesús Sanoja. Estos artistas que, desgraciadamente, la política ha invadido demasiado, se inclinaban a una poesía de inspiración telúrica que diera una imagen cultural y lírica de la realidad venezolana. Rozaban la épica, una épica subjetiva. Gallegos y Neruda, Vallejos y Whitman eran sus maestros. "Cantaclaro" no dio lo que prometía. La brutal realidad de un país como Venezuela, donde todo concurre a disolver la experiencia individual y a arrojar el ser hacia afuera, en trance de grandeza o de despedazamiento, las circunstancias tan especiales del reclamo político en una hora de tragedia nacional, obstaculizaron el desarrollo prometedor de los nombrados poetas. Quizás el porvenir y un clima

más sosegado de civilismo y legalidad, pueda devolverles la independencia y la paz de espíritu necesarias para crear. Por el momento Muñoz y Sanoja se encuentran divididos entre la actividad devorante de su militancia política y los reclamos cada vez menos atendidos, de la poesía innumerable. García Mackle ha tenido que disolverse en actividades públicas y políticas que también le alejan de su vocación.

Sin embargo, en los más sombríos días de la dictadura, nació un nuevo grupo literario con el nombre de "Sardio". En lo político compartía con el movimiento democrático su repudio a la ignominiosa dictadura de Pérez Jiménez, la cual dispersó momentáneamente a sus integrantes. Una vez caído el régimen arbitrario, "Sardio" reapareció más consistente y más coherente que antes. Varias entregas de su revista del mismo nombre consagran la existencia de estos jóvenes poetas, cuentistas y ensayistas que buscan, en las corrientes más actuales del pensamiento, una orientación y un conocimiento tanto estéticos como intelectuales. Saint John Perce, Ezra Pound, Samuel Beckett, Bertohlf Brect, Camus, Sartre, entre otros, merecen su devoción. Lo cual no excluye que su publicación acoja y destaque a los hispanoamericanos contemporáneos.

Entre la gente de "Sardio" es preciso nombrar, en el plano poético, a Guillermo Sucre, Ramón Palomares, Luis García Morales y Edmundo Aray. "Sardio" tiene lo que le faltaba a "Cantaclaro": voluntad de ejercicio lite-

rario, lucidez crítica y sentir humanístico. "Cantaclaro" era la improvisación apasionada, el desorden sagrado, las secretas correspondencias telúricas, la intuición penetrante de lo americano. "Cantaclaro", en poesía, buscaba el raptó, el estado de posesión, la brujería. "Sardio" compone, ilumina, juzga, construye. Su inspiración es lírica e introspectiva. Los poetas de "Cantaclaro" se desbordaban en tumultuosas composiciones que querían traducir un mensaje de americanidad ingente y de exteriorización cósmica del ser. El desorden o la entrega, devoraron a "Cantaclaro". Si "Sardio" ha de perderse, será porque la vocación crítica puede apagar la vocación puramente creativa. Si en alguno de sus integrantes se advierte ese desgarrón, es en Guillermo Sucre quien, necesariamente, tendrá que escoger entre los desórdenes nutritivos que impone la imaginación creadora y su gusto por el orden intelectual, la lucidez, el conocimiento cultural. De todos modos, es preciso admitir que la gente de "Sardio" está llamada a ocupar un puesto de importancia en el desarrollo de nuestras letras, sea desde el punto de vista de la creación pura, sea desde el campo de la interpretación, del ensayo y de la gestión humanística.

Los libros publicados últimamente más sobresalientes en poesía son: "De Pie, Sobre la Sombra" (1957) de Rafael Angel Insausti, poeta formado al margen de los grupos, naturaleza exigente consigo misma, cuya obra, por limitada, no deja de ser intensamente lírica, lúcida, límpida. Insausti transmite, en

sus mejores momentos, lo inefable, el puro estremecimiento emotivo, el hallazgo liberado del peso de toda retórica. También "Elegía Coral para Andrés Eloy Blanco" (1959) de Miguel Otero Silva, quien, aunque mayor que los nombrados, se renueva en esta obra y penetra en climas de auténtica emoción estética. "El Reino" (1958) de Ramón Palomares, poemario en que el idioma y la inspiración se remozan y admiten una libertad creativa, alegre y sensual que nunca habían alcanzado antes en nuestra lírica.